

Mieses, Ervar de las
El poema rojo

ERVAR DE LAS MIESES

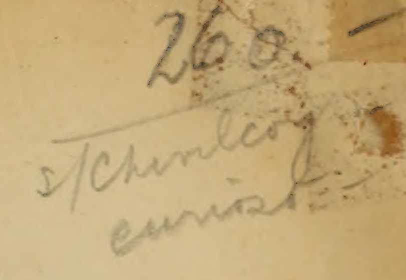


EL POEMA ROJO



LA PLATA
1910

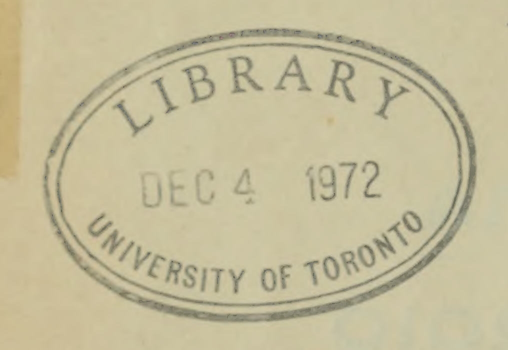
Ervar de las Mieses



EL POEMA ROJO



LA PLATA
1910



DEDICATORIA

A S. E. el Señor Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Coronel Don Inocencio Arias.

Excelencia:

Como patriota dijisteis: «¡Guerra al caudillismo!».

Como militar, sabréis cumplir vuestra palabra.

Entonces, que EL POEMA ROJO, siendo un modesto obsequio, recuerde siempre la gloria de vuestra obra.

E. de las M.

COMO PRÓLOGO

Paciente lector:

Te habrá llamado la atención un libro con apas color rojo y calificativo «rojo». Pero más t habrá interesado el por qué de un individuo fotografiado al parecer ocultando la cara.

Habrás dicho: este ha de ser el criminal avergonzado. Y no señor: los criminales no se avergüenzan. Además,—con sinceridad,—el que está ahí no es criminal ni tiene por qué deprimirse moralmente, pues no existen culpas que puedan afectar su dignidad.

¿Dudas de que yo pueda saberlo? Entonces, escucha: el fotografiado en esa actitud, soy yo... ¡YO! Si señor.

Luego de hacerte cruces ó mostrarte indiferente al eco de ese *yo* que no has visto en las cajas de fósforos ni has oido nombrar en los periódicos semestrales, contestarás: «¡bonita gracia! ¡Qué cortés!». Y todo ¿por qué? Porque ignorarás que yo no me hice sacar esa fotografía. Me la sacaron...; me la sacó,—mejor dicho—, uno de esos fotógrafos que matan el tiempo buscando cosas raras para las revistas humorísticas.

Y ¿sabes què hacia yo cuando fuí sorprendido con el fin de ser popularizado en la placa?

Me entretenía..., no; me ocupaba en escribir lemas como el que habrás visto, á pesar de la protesta de las paredes: *es prohibido fijar carteles*...

¡Era el único recurso de mi propaganda patriótica, por ser el más barato! ¡Cinco centavos de tiza blanca!

Y no creas que he comprado la fotografía. Lo único que hice fué solicitársela al amable fotógrafo para librarme de algún chiste gordo y más tarde de las bromas de aquellos amigos que pudieran conocerme por algùn detalle particular.

Vea señor,—me dijo el gordo hombre—, si Vd. me da esta fotografía para una revista, le garanto que se hará popular y que su grito de guerra resonará más lejos de lo que Vd. anhela...

¿Como desde aquí hasta dónde?—, le interrogué.

¡Ah!, no puedo asegurarle,—contestó—, pero créame que es una revista anual de treinta y cinco páginas y es leída por todos... vamos, por todos los que tienen cinco centavos de más.

Tal razonamiento me dejó entre el sí y el no; pero al fin arribé á una solución razonable.

Caro amigo,—le dije tocándole el hombro—, yo creo que la fabulosa circulación de su revista me llevará á servir de envoltorio en alguna fiambrería, asi es que...—, y ¡ya tengo el tema!—, Vd. me da el retrato, yo hago un li-

bro y le pago el 20 % de comisión en la venta. Se pone rico Vd., y yo, soldado obscuro, aislado pero valiente, consigo hacerme oir mejor.

¡Bravo!—, dijo el gordo—, acepto, y se me vino como un aeroplano con los brazos abiertos.

Ese abrazo sincero era el mejor trato entre dos hombres buenos.

Al otro día me entregué á la tarea.

El gordo á cada rato venía á preguntarme: «¿le falta mucho?», hasta que un día pude contestarle á fin de que nos diéramos otra nueva manifestación de triunfo: *ya está*.

«El Poema Rojo» quedaba escrito en una buena cantidad de versos.

Y no es un poema hijo de la imaginación: es la copia fiel de las escenas desarrolladas en las sociedades que deprime el caudillismo; y esas escenas no tienen lugar en sitios como los de las obras de Verne: todo pasa en la tierra; en Chivilcoy; y Chivilcoy es una ciudad argentina, la más importante de la línea del Oeste, que, fundada por aquel Sarmiento sembrador de grandezas y guerrero del caudillismo de su época, hoy es una joya ensangrentada en los dedos ásperos de un mandón sombra de la civilización y cultura.

Pero por lo que tú sabes, lector inteligente, comprenderás que en esta obra tomo por ejemplo á un pueblo y ese pueblo es Chivilcoy.

Sin embargo, el mismo cuadro, con idénticas escenas podrá llevarse á Bolivar, La Ma-

drid, 25 de Mayo, otros pueblos de la Provincia y muchos de la República y siempre será oportuno, se adaptarà al marco tan solo con cambiarle los nombres.

Es que el caudillismo ha cundido; es una plaga; es una desgracia para la patria con cien años de vida!...

Algunos hombres de nuestros dias parece que ya han dado el noble grito de: «¡Guerra al caudillismo!»

Y la prensa, la prensa sana, es la que ha expuesto con criterio sobrio sobre el origen y los males de esa *politiquería* desastrosa y también es la que de mucho tiempo atrás la viene combatiendo decididamente. ¡Esa prensa heróica tiene las vibraciones de un clarín de Maipo!

¡Loor á la prensa argentina que combate al caudillismo!

No sé, caro lector, lo que podrás decir de este libro cuyo único fin lo reflejará el primer verso que leas, ni sé si te parecerá propio el lirismo para combatir. Sin embargo, yo he creido que es lo que más se hermana con esos gritos bravos y sagrados que tienen

orígen espontáneo y salen del fondo del alma.

Pero no quiero convertirme en crítico de mi obra á la cual no le doy mérito artístico, puesto que ya te dije que había sido escrita á vuela pluma y para luchar; y en la lucha más noble, con las ansias de vencer, mil veces cometemos lo que, desde lejos y al través del tiempo, consideramos lleno de imperfecciones. Además, mi soñado primer libro, no es éste. Aquél era un amanecer rosa con los trinos suaves y correctos de un coro extraño...... Era el himno del amor ejecutado en la lira de los veinte años.

Pero «El Poema Rojo» le aplazó; se le interpuso en la senda y viene á ser mi primera obra despojada de belleza y nacida para marchar sola, voluntaria é inflexible á una guerra tan patriótica.

Aparte de todo esto, querido lector, quiero que no te llamen la atención ciertas palabras que no son castizas ni americanismos, pero que traidas al ambiente nos son familiares y tal vez necesarias. Además, encontrarás innumerables vocables de aquí, nuestros, que no subrayo ni explico porque sería ridículo y no tendría otro objeto que dar pruebas de erudición ó de ser medio ingénuo para simpatizar con los mimados puristas, y eso ni he soñado, más aún cuando creo que este libro no deberá salir de nosotros porque fuera de aquí no valdrá ni hará falta.

La cuestión es que nos entendamos, que lo de retórica queda para otra clase de libro.

Nada de esmero en la forma: sustancia.

Notarás tambien frases comunes y muy prosáicas: á propósito van. Pues, de otro modo, nos alejaríamos del terreno. Así estamos en èl porque operamos con sus instrumentos.

Y nada más. Dí lo que quieras y lo que falte decir.

Lo único que puedo pedirte á falta de aplausos que no tendrás para mi, es un lamento hondo y del alma para aquel buen amigo, el fotógrafo gordo que, en el afán de vender mi libro á fin de obtener el *veinte* ó tan solo por hacer obra patriótica, dejó de exitir en viaje á Chivilcoy.

No conozco el informe mèdico. Bien puede haber sido asesinado. Dios proteja su alma y esta á «El Poema Rojo».

E. De Las Mieses.

La Plata, año del Centenario Argentino

CONFIDENCIA

CANTO PRIMERO

Madre querida: en confidencia santa
quiero expresarte el sinsabor que tengo;
la rabia y el rencor que me devoran
porque no amo lo vil, pues lo condeno.

—

¿Tú no sientes dolor siendo tan buena?
¿No te exaspera lo brutal del hecho?
Lo detestas, si madre, pero piensas
que si hablas quedaré sin pan, sin sueldo.

Mas yo no puedo soportar. Yo grito
y lo que siento con furor expreso:
es menos mi miseria y mi desgracia
que la honra y la grandeza del que han muerto.

—

¡Qué impaciencia me dá! Mi furia estalla
y mis lágrimas corren hasta el suelo:
es desprecio á los malos y es tristeza
que me abate grabándome un recuerdo.

—

El recuerdo terrible, el de esa noche
en que sicarios del caudillo fiero
asaltaron las salas de la fiesta
y con sangre las flores bendijeron.

—

Oh! *dos de Marzo* (1) cruel que en las tinieblas
de tu noche ofreciste mal sendero!
¡Oh día que marcaste la existencia
de un noble bardo con fragor de cielo!

(1) El 2 de Marzo de 1910, fué asesinado en Chivilcoy el eximio poeta Carlos Ortiz.

Carlos Ortiz, la víctima inocente,
ese que tuvo en las entrañas fuego,
ese que tuvo inspiración sublime,
ha sido,—madre,—asesinado, muerto...

—

Muerto como se mata sin reparo
á una bestia dañina en el rodeo:
es la envídia y rencor que se amamantan
con la hiel que segregan los protervos.

—

Es la acción sanguinaria que salvaje,
¡en este siglo luce su apogeo!
Es la lucha grandiosa de dos fuerzas
disputando el destino de los pueblos.

—

Chivilcoy, ese punto de la patria,
ve virtudes que ruedan hasta el cieno
y conoce su mal: el caudillismo,
al cual madre, combato con denuedo

—

¿Cómo quieres que calle, madre buena,
cuando en el alma los dolores siento?
Tú sabes que yo escucho tus palabras,
pero hoy, rebelde, obedecer no puedo.

Que me nieguen el pan, no se me importa
si consigo la gracia de los buenos:
quiero ser un mendigo, pero honrado
y no ser asesino por un peso.

—

Yo sé que luego me dirá el caudillo
cuando sepa que el hecho vil condeno:
«usted, Luis, no responde á esta política,
«es necesario que renuncie al puesto.»

—

Y juro renunciar, juro decirle:
yo no como ese pan bañado en fiemo;
yo no bebo por vino sangre humana;
tengo un alma y honor; tengo cerebro.......

—

Si madre, madre y el temor deshecha;
no te aflijan las lágrimas que vierto,
que ellas son el sudor de mis pesares
y mis honras bajando hasta mi seno.

—

¿Temes acaso que me maten? Calla
y deja, que la muerte es dulce sueño
cuando se muere como Ortiz cantando
el himno de la luz á los protervos.

La mano criminal que oprime el alma
para estrujar las honras con sus dedos,
temblando se extravía, se anonada
y cruje al repicar de los lamentos.

—

Es destello fugaz, madre querida,
la virtud sacrosanta que tenemos,
para aquellos que tratan de obtenerla
en la loca ambición de sus anhelos.

—

Ellos marcan su frente con un lema
escrito á sangre sobre fondo negro:
no dice «odio» ni «muerte» pero inspira
á los hombres sensatos el desprecio.

—

Deja entonces, oh madre, que me pida
la renuncia. Te juro: la deseo.
Y aunque nos falte pan, nos resta mucho:
el nombre y la honra que impecable llevo.

—

—Así hablaba ardoroso el noble joven;
y de la madre, por el rostro seco,
las lágrimas corrían presurosas
como á apagar la angustia de su seno.

Ella leía allá, no muy distante,
el triste fin del hijo y compañero,
y en silencio sus labios repetían
un salmo de favor al padre eterno.

—

«¡Oh!,—pensó muchas veces,—bajo el hacha
«del caudillo caerás, hijo del cielo,
«y tu madre que te ama, muerta de hambre,
«no encontrará á sus males un remedio.»

—

Y en su silla, la pobre viejecita
se entregaba cansada á breve sueño...
¡Oh! cuántas veces despertó gritando:
«¡es mi hijo, bandidos, me lo han muerto!»

—

Era acaso la voz,—voz infalible,—
con que hablan las visiones de lo cierto;
era el hado invisible que cantaba
el himno de tenaz presentimiento.

LA NOTICIA

CANTO SEGUNDO

Eran las siete. El pobre Luis dormía;
su madre, como siempre, levantada;
debajo el corredor, bebiendo un mate,
leía el diario su hermanita Juana.

—

De repente la niña sorprendióse,
dijo á la madre con temor: «¿Qué pasa?
«Aquí hablan de Luis. ¿Luis no ha venido?
«¿Dónde está?.. ¿Cómo dices?... ¿En la cama?»

Y apaciguada un tanto, devoróse
la noticia cruel de esa mañana:
era una nota apócrifa transcripta
y con furor pagado comentada.

—

«Un joven sin honor fué despedido—,
decía el diario con salvaje saña—,
«porque el Jefe no admite sinvergüenzas
«que tratan de escupirle con palabras.»

—

«Ese joven es Luis....» La pobre madre
lanzó hondo suspiro y vertió lágrimas;
la niña candorosa cerró el puño
y rompió «El Nacional (1)» con fuerza y rabia.

—

Luis, el joven honrado, era depuesto
por el caudillo que el pavor sembraba,
por el verdugo que decía airado:
nunca las honras alzarán mi fama».

(1) Este es el nombre del diario que para deshonra de la prensa defiende desvergonzadamente al caudillo de Chivilcoy.

¡Oh! qué triste pensar el de esa madre
que atajaba los golpes con el alma
y qué ira santa la de aquella niña
con toda una expresión de bella y casta.

—

Era el ocaso y el naciente rosa
que alumbraban el cielo con sus llamas;
eran dos aves guareciendo á un nido
con el límpio plumaje de sus alas.

—

Amor brotaba de sus pechos fuertes,
pero ese amor que en el dolor se agranda
y que antes de inclinarse miserable
como fiera hostigada se desgarra.

—

Se fué la niña comprimiendo el llanto
y la anciana quedóse allí sentada:
por sus mejillas pálidas corrían
señalando su rostro gruesas lágrimas.

—

Llevóse al pecho la agitada mano
y un suspiro lanzó fuerte, con ansias;
«hijo querido—, murmuró—, ya empiezan
«las escenas primeras de tu drama»

«Ya el caudillo firmó. Con mano negra
«ha escrito tembloroso una venganza
«y tú serás, tesoro inmaculado,
«la desdicha jugando entre sus garras.»

—

«Tú que eres fuerte seguirás sereno
«y aún en la cara le dirás *canalla*;
«esa palabra y el valor ardiente
«para que escriba tu sentencia bastan.»

—

«¡Oh! desgraciado suelo que abortasteis
«ese *gobierno* que á la chusma amarra,
«ese trono que se hacen los impíos
«eclipsando los símbolos de patria.»

—

«¡Oh! desgracia y dolor! Pueblo de Mayo
«que surgisteis por fuerza soberana,
«¿por qué dejáis que vivan carcomiendo
«los hijos malos la fecunda entraña?»

—

«¿Por qué dejáis que esos patriotas sufran
«bajo el puñal servil de la canalla?
«¿Qué no tenéis varones como aquellos
«que gobernaron para darte fama?

«Argentina Nación, sufre una madre
«y su grito es el grito de una raza:
«gobierno sano con legal justicia
«para acallar la voz de la venganza.»

—

—Y bajó la cabeza pensativa
al columbrar muy cerca la desgracia,
y mientras fiero el corazón latía
el llanto del dolor bañó su cara.

—

Muda ,en esa actitud, pensó en el jóven
que con la fuerza juvenil de su alma,
mientras los males á su hogar venían
palpitaba soñando una esperanza.

—

Su rostro al despertar, tal vez risueño,
se encarnara de pronto con la rabia
y la sangre ardorosa de sus venas
con valor hasta el duelo le empujara.

—

Y era el joven la prenda más valiosa
que relucía en la modesta casa;
era también el brazo que afanoso
el pan de cada día conquistaba.

En él latía el alma y el trabajo;
era apoyo, era amor y era esperanza,
y esa herencia preciosa compartía
con su madre, su novia y una hermana.

—

Tres herederas que acogió gustoso
le darían consuelo en su desgracia
y con los besos que al dolor comprimen
encontraría pasajera calma.

—

¡Oh! la hermana querida, esa criatura
con sentimientos que efusivos hablan,
en el pecho llevaba un sol de vida
que amor soberbio al palpitar lanzaba.

—

Ella era la fogosa que vertía
frases que solo nacen con la rabia;
con esa rabia heróica y poderosa
que alumbra como un foco cuando estalla.

—

Y su novia adorada,—enigma sacro
que el corazón de todo amante guarda—,
quien sabe qué problemas discutía
con las pasiones que terribles claman.

Pero todo á su turno muestra el rostro;
todo llora à su turno; todo canta;
ya llegando la dicha nos sacude
ó el dolor, traicionero nos desgarra.

PALABRAS DE CONSUELO

2

CANTO TERCERO

Fué terrible aquél día para todos;
para la madre doloroso instante
el que corrió hasta el despertar del hijo
y la nueva lectura de lo infame.

—

Ya el pueblo entero comentaba el caso;
y como el mal tan fácil se contrae,
encontró los voceros inconscientes
que hicieron de lo apócrifo *reclame*.

Y la duda—, deidad sugestionable—,
se interpuso cantando en el instante
la canción que desvía á los ingénuos
y á los curiosos con placer atrae.

—

«¿Qué habrá hecho Luis?—, decían los más
[buenos.
«Parecía tener alma muy grande.
«¿Habrá robado? ¿No era competente?
«¡Es un misterio! ¿Hay que dudar? Más vale...»

—

Los impíos, también argumentando;
esos que el rostro del caudillo lamen,
rugían sin piedad: «era un imbécil;
«era un necio, un ladrón, un miserable«.

—

Y todo el que leía indiferente,
argumentaba sin dolor: «¡Quién sabe!»
«Cierto», «mentira», «duda» eran las voces
que llevaban los chismes como claves.

—

Pocos amigos—, capital mezquino—,
protestaron con fé y robusta frase:
los demás, con el yugo se inclinaron
y en secreto dijeron: «¡Dios le salve!»

Pero el único bálsamo que cura
la opresión de los pechos que se abaten,
fué ël consuelo manso de esas hadas
con símbolos de «novia», «hermana», «madre».

—

¡La madre! (1) Sí, la madre que en la cuna
el seno níveo con amor nos abre,
nos dá alivio en el mal y aún en la muerte
nos dá su dicha y sin consuelo cae.

—

La madre es madre cuando el bien nos ríe
y los hijos mil veces no lo saben;
y en el dolor, en el dolor más recio,
es talvez ¡sacro amor!... talvez más madre.

—

Cuando nos vé gozando de alegría
se esconde satisfecha y quizás cante;
cuando ve que rodamos doloridos
se levanta soberbia, noble, grande...

(1) Hablo así evocando á mi querida madre. ¡Dios le dé muchos años de vida!

No teme al sacrificio por el hijo
y de la dicha de él nunca comparte;
lava con besos el dolor del alma
y los males del cuerpo con su sangre.

—

Por eso aquí la madre, anciana buena,
con besos y palabras curó en parte
los pesares que al joven fustigaban,--
obras impías del caudillo infame.

—

«Hijo mio—, le dijo muchas veces—,
«no hagas caso á los ecos de la calle,
«que tus honras, cubiertas con mentiras
«para quien supo conocerte aún valen.»

—

«El diamante arrojado en el pantano
«quedará oculto y sucio; pero tarde,
«tarde ó temprano cuando el sol alumbre
«lo verán y dirán: «ese es diamante.»

—

«Tu honor en el pantano de la infamia,
«arrojado por unos miserables,
«si no es temprano, brillará sin manchas
«de tu vida en la noche ó en la tarde.

«Y por eso, seguro de ti mismo,
«deja que el necio sus mentiras cante,
«que es más digno lo noble prisionero
«que lo innoble esparcido en plena calle.»

—

«Y acalla tu rencor que es más valiente
«el que planta una idea como base.
«¿Crees que una honra perfecta obtiene gloria
«con el que loco por saciarse mate?»

—

«A la furia se ataja con paciencia
«y en la paciencia los consejos caben;
«no es más grande el que explota donde quiera
«sino el que sabio, prepararse sabe.

—

«Esos que matan y que arrojan flemas,
«como el vapor del agua se hacen grandes,
«pero si sopla fría la justicia,
«como gotas del cielo, tambièn caen.

—

—Y eran esas palabras un consuelo
que al joven sujetaron como un cable;
también Aurora, su gentil amada,
supo decirle cosas como nadie.

Era una virgen cariñosa. Niña,
juróle amor con expresiones de ángel
y de los quince hasta los veinte años,
ese fuego de amor llegó à ser grande.

—

Por Luis era feliz; para el vivía
y por eso en lo crítico del trance
le dijo así: «para curar tus penas
«deja que ardiente y con pasión te ame.»

—

Juana, mil veces candorosa dijo
á Luis, gimiendo y con palabras suaves:
«con el cariño de las tres deshecha
«la mentida amistad. Tal vez te baste.»

—

Y si evocaba las injurias negras
repetía con eco más que grave:
«no aceptes del caudillo el yugo rojo
«aunque muramos de dolor y de hambre.»

HOSTILIDADES

CANTO CUARTO

Quien no sigue al caudillo se excomulga
de la justicia y todo privilegio—,
si justicia se llama esa injusticia
de oprimir con las leyes à los buenos.

—

El que vive imparcial, duerma tranquilo
porque el olvido favorece al sueño,
y el que se oponga al *czar*, no duerma nunca:
viva á puerta cerrada y bien despierto.

Estos consejos sanos y prudentes
Luis practicaba dominando el genio;
pero quien trata de ultrajar encuentra,
porque tiene los medios, muchos medios.

—

Así el caudillo—, ese fantasma rojo
cuyos actos se visten con lo obsceno—,
preparó las hogueras de su infamia
que atizaron sacrílegos sus siervos.

—

Y el pobre joven recibió en el alma
los golpes que deseaba para el cuerpo:
injurias y calumnias miserables
con destellos rojizos como incendio.

—

Las multas se apoyaron en la nada
y los jueces comprados no lo vieron:
«que comparezca el criminal—, decían—,
«y que llene las faltas con sus pesos.»

—

Y como es cierto aquello de que muerden
al can mordido sus iguales perros,
por gusto ó sugestión se apersonaban
á multar al «satán» hasta los ebrios.

No faltó ni lo cómico en el drama,
pues presentóse un loco limosnero
diciendo: «multo á Luis, signore cueces,
«perque n' hay qui comer. ¡Viva Loveiro!» (1)

—

Y esta bella ocurrencia como aquellas,
ganaban del caudillo torpe afecto
que expresaba palmeándoles la espalda
y diciéndoles: «bueno, pidan puesto...»

—

La policía, autoridad valiosa
obtenida quizá por poco precio,
en vez de defender favorecía
para Luis la injusticia del protervo.

—

En el «café», en el «bar», en todas partes
había manchas del inmundo cieno:
es que el caudillo es un reptil muy grande
pero lucha arrastrándose en el suelo.

---

(1) El caudillo de Chivilcoy se llama Loveira.

No es del tipo de un Rozas ni un Quiroga
ni de otros bravos que un ideal tuvieron,
porque no es gaucho ni educado. Tiene
inteligencia y corazón enfermo.

—

Viste buen pantalón, fina levita
y es á veces de felpa su sombrero,
pero bajo esa costra lleva entrañas
que segregan mortífero veneno.

—

Bien conoce la ley, pero la oprime
porque lucha á la espalda del progreso;
su séquito se forma de matones,
de los vencidos y del bajo pueblo.

—

Se apodera del mando porque aún llega
á comprarse una banca en el congreso;
á comprarse,—repito—, pues la obtiene
ofreciendo al gauchaje *una con cuero.*

—

A las cámaras va, pero nunca habla
ni presenta de mérito un proyecto:
es uno de los tantos inservibles
que logreros ocupan un asiento

Si peticiona por la boca de otros,
es ¡codicia brutal! solo dinero
que mete á sus bolsillos y simula
beneficios ocultos para el pueblo.

—

¡Oh, maldito opresor! Bestia sedienta
que mohina se acerca al patrio seno
y no saciada con berberle el zumo
à mordiscones le destroza el pecho.

—

Y aún así ¿podrá creerse que le sigan
hombres que dicen adorar su suelo?
Esas son moscas en la enorme tela
que el caudillo prepara con sus dedos.

—

Muchos son hombres buenos sorprendidos
que se pervierten en la escena luego;
pantallas que amortiguan la luz roja
ó mantos finos cobijando fiemo.

—

Solo protestan los que no se inclinan,
esos que tienen corazón, cerebro
y que lanzan vocablos que apostrofan
como Luis los lanzaba, sin recelo.

Solo protestan los que sienten asco
al crimen, la injusticia y lo imperfecto;
los que salvan sus honras mendigando
no aquellos que las dan para ser cresos.

—

Solo protestan los que no ambicionan
su grato bienestar sino el del pueblo;
esos que tienen patria y la defienden,
no los que gozan del dolor ajeno.

—

Los caudillos de hoy no tienen patria.
¿Quién les conoce un plan hacia el progreso?
¿Cuál es el fin de esa infernal política?
¡Lucirse, tomar nombre y ganar crédito!

—

Ni es política acaso lo que siguen;
es un cuento tramado con enredos;
es chisme de rincón sin trascendencia
que solo abre camino al usurero.

—

¡Pobre pueblo el que sufre! Carne mansa
que se arroja barata por el suelo;
chusma que ríe soportando el yugo
donde nació la libertad primero.

VENGANZAS

CANTO QUINTO

Complemento del mal, lucha terrible
que miserable sobre el bien se arrastra,
es el recurso pobre de los hombres
esgrimiendo el puñal de la venganza.

—

Cuando el valor se acaba, tiene vida
y á la impotencia con furor se abraza;
es muda en su traición, brava en la sombra
porque en ella se escuda, lucha y mata.

Y por ser torpe y vil es medio propio
del caudillo que airado se abalanza,
cuando cortan las bridas los serviles
ó la fusta los libres le rechazan.

—

¿Dónde podéis imaginar que fuera
el impío á saciar todas sus ganas?
Donde el bueno columbra una grandeza;
donde temblando el infeliz se ampara.

—

Como el tigre que busca de qué asirse
para ultimar las víctimas que escapan,
el caudillo que sueña con traiciones,
pensó en Aurora y afiló su daga.

—

Esa mujer era único baluarte
que por pequeño al golpe se escapaba;
de una madre sostén, ángel virtuoso,
constituía la gloria de la casa.

—

Desde niña entregóse apasionada
á la noble carrera de la infancia:
era maestra que inculcó su ciencia
deshojando los pétalos de su alma.

Misionera del bien, esparcidora
del saber al futuro de la patria,
no era raro misterio que su gloria
al ogro de las sombras provocara.

—

El gran rayo de luz y la penumbra
izaron sus gerreros oriflamas:
grabando rastros que la historia busca
rodaría la luz en la batalla.

—

Y la sombra engreída, cobijando
bajo el velo triunfal la muerta blanca,
con rencor y perfidia esculpiría
el obelisco de su horrenda fama.

—

Asi, recio, el caudillo, abandonando
todo eso que es piedad, tristeza, lástima,
separó del empleo á la maestra
para dar al buen Luis pesar y rabia.

—

Y aún allí su maldad no cesaría
porque es torpe y tenaz cuando se afana;
ya su plan estaba hecho y la sentencia
en su enfermo cerebro palpitaba.

Que oprimir y vengarse no es bastante;
deshonrar, y matar solo le sacian...
Es el caudillo cuidador celoso
del rebaño que forma con su audacia.

—

El tierno pecho de la hermosa Aurora
que solo al beso del amor temblara,
iba á sentir el golpe belicoso
con que azotan terribles las venganzas.

—

Así fué que al saber tanta perfídia
derramó sin cesar un mar de lágrimas
y entre ahogados sollozos solo dijo
como única expresión: «¡infamia, infamia!»

—

Pero luego, sumisa, sin recursos
y viendo padecer su madre anciana,
se arrodilló como mujer al miedo
que á cada instante el cuerpo le erizaba.

—

Meditó como un ángel que del cielo
huye tímido al golpe de la Parca
y como un ángel débil en su exilio
cedió á la humillación su fuerza y rabia.

Y se propuso con su voz tristísima
condoler al infame y pedir gracia....
¡Oh! candorosa virgen que caía
en las trágicas redes de una trama.

—

Parecía que el hado del perjurio
la iba internando por la senda mala
y ella, ignorante, crédula del mundo,
no comprendió que el mundo la engañaba.

—

Mientras tanto el caudillo, como el lobo
que ve cerca la presa de su garra,
en soberbia ilusión se deshacía
y la saliva sin querer tragaba.

—

Es que triunfó su afán. Y su problema,
obra malvada que la sien desgasta,
con su estéril política echó luces,
de las muchas que tiene, á alguna cara.

—

Y acaso Luis, el mártir, el amante,
el hijo cariñoso, lo ignoraba....
La soberana dueña de su afecto
iba á vender su suerte á la desgracia.

La que supo adorarle con locura
era el blanco dispuesto á la venganza
y á un paso del traidor, siempre serena
de su nombre y virtud iba confiada.

—

Estúpida grandeza en esa escena
es el honor sirviendo de confianza,
porque el ogro rojizo no respeta
lo que ambicionan torpes sus entrañas.

—

Siente su hambre y olvida la del pueblo;
tiene miedo y el miedo no le apiada;
su persona oprimiendo á los serviles
pide risa y placer: con eso basta.



MISERIA

CANTO SEXTO

Ganó terreno el mal. Ya la miseria
gritó á los infelices: «¡es la hora!»
Y riendo la venganza en su guarida
repetía sin hiel: «esa es mi obra.»

—

«Si os inclináis como se inclinan todos,
«el caudillo os perdona y os coloca;
«si os persistís rebeldes á su yugo,
«vuestro mal á otros males se eslabona.»

Cual si Luis escuchara esas palabras
vertidas por fantasma sentenciosa,
soberbio dijo: «¡no me inclino nunca
«ante el altar que sacrifica la honra!»

—

«Aún se yergue mi cuerpo, aun tengo fuerzas
«y aun se conserva digna mi persona:
«con éste capital y una tarea,
«no preciso ya más. Basta, me sobra.

—

—.Pero luego, robusto, decidido,
miraba en derredor con ansias locas
y todos le decían: «no hay trabajo»
como se dice, pues....¡cualquiera cosa!

—

«Mientras tanto—, pensaba impacientado—,
«somos hijos del suelo do grandiosa
«surgió la libertad rompiendo trabas
«y mostrando á los hombres nueva aurora.»

—

«Pero en muchos rincones de la patria
«hoy esa magna libertad zozobra
«ó cual en Chivilcoy alarga el cuello
«para ceñirse el hilo de la horca.»

«Y es por eso que el pan no nos alcanza
«y no se halla trabajo aunque se implora:
«sin embargo los trigos rubios crecen
«con belleza y vigor sobre las lomas.»

—

«¿Mas qué ocurre?» Que el ogro del progreso
«dicta leyes é impuestos que presionan
«y luego codicioso ¡pobre pueblo!
«las riquezas del pueblo se devora.»

—

—. Como piedra que obstruye la corriente
es el gobierno malo que se entrona
en los pueblos fecundos que nacieron
entonando sus cánticos de gloria.

—

Como valla de espinas se interpone
el caudillo al progreso y le estaciona:
luego en la noche obscura se prepara
y sobre el pueblo obscuro se acomoda.

—

Y ¡guay! del que valiente lance un grito
como el alerta de razón patriótica:
será blanco del mal, yunque sensible
donde venganzas caprichosas chocan.

Será como el buen Luis, poco de vida
que no alumbra arrojado entre las sombras;
puerto olvidado á donde la miseria
presta dirige su raída proa.

—

Será un paria que llora su infortunio
junto al hogar y amor que se desploman;
será el que mira padecer los suyos,
inocentes por causas vengadoras.

—

Y al fin, si es débil, bajará la frente
ofreciendo al caudillo otra victoria
ó en la ruina del vicio, sín mas medios,
irá á buscar lo que al maldito sobra.

—

¡Oh!, cuántos hallan puesto en la taberna
después de haberla condenado otrora,
porque van á embriagar las ilusiones
vencidos en la lucha desastrosa.

—

Cuántos que fueron pulcritud, encuentran
en la cárcel un sitio á su persona,
porque hostigados y al furor rendidos
con una muerte despejaron su honra.

Cuántos que ya no volverán, cayeron
en el reposo eterno de la fosa
donde la cruz modesta se levanta
y una viuda y un huérfano sollozan.

—

Esas son obras del caudillo bárbaro,
letreros rojos que jamás se borran,
donde leerá mañana horrorizada
la justicia en las hojas de la Historia.

—

Mas eso no hace mella á los que miran
el satánico bien de sus personas:
el hoy y el goce de la carne anhelan
que el después y el buen nombre nada importa.

—

Por eso fingen patriotismo heróico,
por eso mienten sacrificio y gloria
y en las tinieblas de sus cuevas sucias
de los tontos creídos ríen, gozan.

—

De los que azota la impiedad se olvidan
y á los que piden un perdón perdonan,
pero esa gracia es mezquindad, lujuria
que en recompensa pedirá las honras.

Ya en este cuadro dos hogares sanos
en la miseria más fatal zozobran
y las virtudes que valientes luchan
serán tal vez de un lupanar alfombra.

—

Allí, el hogar de Luis con una niña
fresca y lozana, juventud hermosa
que no piensa en el mal, y el mal le aguarda
con el anhelo que el perjuro aloja.

—

Y la madre, vejez de sinsabores,
pero relíquia que un altar valora;
altar do las virtudes sostuvieron
el dominio inmortal de su corona.

—

Y con igual destino en igual suerte
otro modesto hogar se parangona:
también tiene una madre y una niña
que es cual su nombre de la casa aurora.

—

Todo muy pronto rodará por siempre
como del árbol las marchitas hojas,
porque el vicio y la muerte se aproximan
conversando con frases cavernosas.

Y á pocos pasos, cuando un «¡ay!» resuene
si la justicia al titubear le toca,
el caudillo dirá desvergonzado:
«esa es, amiga, caprichosa broma.»

—

Y alargando la mano ensangrentada
que sacó del bolsillo presurosa,
proseguirá sagaz y despiadado:
«no me descubras, serás rica. Toma.»



PROVOCACIONES

CANTO SÉPTIMO

Cuando un joven cual Luis es intachable
porque es decente, honrado y caballero,
asegurarle con la ley del plomo
para el caudillo es un problema serio.

—

Salvo que se haga como á muchos se hace
asesinar sin demandarle reto,
que al fin y al cabo para tantas vueltas
viene á surtir idénticos efectos.

Pero si es muy difícil esquivarse,
provocar es muy fácil, muy ameno,
y por eso sucumben los «cualquiera»
como aquellos cumplidos caballeros.

—

Hostigan tanto que desatan la ira
y el insulto que brota como un trueno.
Eso basta: ya hay causa, ya hay apoyo
para hacer luz al vivo y sombra al muerto....

—

Qué tipos màs odiosos y más raros
son los «genios», «matones» y «orejeros»;
cada uno actùa en su región marcada
y todos llevan al caudillo cuentos.

—

Los primeros, estúpidos, creídos,
en los pasquines tienen tinta y puesto;
de allí alaban las cosas más impías
con prosa prostituida y rudos versos.

—

¡Ay de la prensa con tremenda sátira;
de la prensa que es luz para el pogreso,
porque ella noble, justiciera y grande
impulsa las acciones con el verbo!

¡Oh! como ultrajan la verdad é ingertan,
recalcando palabras, lo imperfecto,
porque en eso se apoyan los caudillos
y con eso combaten sus voceros.

—

Como canes hidrófobos sus babas
desparraman en báquicos accesos
y asi cargan el mal los hombres sanos
y los hogares pulcros é indefensos.

—

Se hace la prensa concubina inmunda
que se rinde al caudillo sin recelo
y con su boca relajada dice
lo que no dice con su boca un ebrio.

—

Mientras tanto relamen y conforman
«párrafo—bombos» para el amo egregio,
y aun entre tules se columbra el ogro
sucio de infamias, sanguinario, fiero.....

—

Luego están los «matones.» Hombres malos,
todos tienen á prueba horrendos hechos;
inflexibles al miedo ¡miserables!
al caudillo se doblan como acero.

Por él rugen y matan sin enojo
y èl les da libertad, renombre, empleo,
aunque si erran y mueren ya se olvida:
él no vive de lágrimas ni muertos.

—

En esta serie se destacan *tonys*,
tonys de púa y bala, carniceros
que al golpe de la fusta se enfurecen
y demuestran instinto y poco ingenio.

—

Hay algunos que visten como el amo,
y por debajo del *esmocking* negro
dejan ver el facón de sus hazañas
y hasta del poncho numerosos flecos.

—

Otros, chiflados títeres de plaza,
son maniquíes faltos de cerebro
que llevan su trabuco. Esos diseñan
la insocial juventud que tiene el pueblo.

—

Forman cuadro también los «melenudos»,
paisanos sin razón, cebados, tercos,
que se emborrachan, gritan y asesinan
demostrando lealtad como los perros.

Y por último restan los más débiles
que por mofa se llaman «orejeros.»
Estos nos tocan, nos halagan y hablan
para ganar albricias con sus cuentos.

—

Todas esas creaciones del caudillo
destrozan la cultura, echan cimientos
y levantan despóticas, salvajes,
su persona y pristigio á sangre y fuego.

—

Si á cualquiera preguntas: ¿dónde vives,
en qué trabajas, tienes un empleo?,
la respuesta será: «vivo viviendo,
«nunca trabajo, pero tengo sueldo.»

—

Y prosigues: ¿qué ganas; sueldo fijo?
—.«Nada me falta y lo que quiero tengo:
«son muchos mis servicios al caudillo
«y según el *trabajo* pongo precio.»

—

Así con ese ejército de bravos
que á una seña arremeten locos, ciegos,
¿quién descansa tranquilo, quién camina
sin llevar un tenaz presentimiento?

¿Quién como Luis no se debate y llora,
pide paz y justicia al mismo cielo?
¿Quién no arroja un insulto á la canalla
y al caudillismo le destina el cepo?

—

Luis era el blanco de indirectas torpes
y de ofensas sacrílegas sin freno.
¡Oh! cuántas veces reventando de ira
se contuvo evocando algún recuerdo:

—

Aquellas frases santas que la madre
le repitió con un dolor inmenso
y que encerraban la expresión más bella
de cultura, de amor y buen consejo.

—

Pero se frota tanto la madera
que al fin produce luminoso fuego;
arrojando al olvido las palabras
en las virtudes se declara íncendio.

—

Y rueda el niño como rueda el hombre
por haber renegado á no ser siervo,
mientras sacía su triunfo en su escondite
el caudillo con risas de protervo.

EL ULTRAJE

CANTO OCTAVO

Era una tarde fría. Muy de prisa
y tal vez columbrando una esperanza,
envuelto el cuello con su piel de lobo,
iba Aurora á la casa
de aquél gran lobo disfrazado de hombre,
que ocultando maléfica venganza
le ofreció reponerla en el empleo
como perdón y gracia....

—

¡Como gracia y perdón! ¡Miseria roja
que nunca tubo lástima,
que nunca supo padecer por nadie
porque es oprobio de la estirpe humana;
porque es trapo que enluta las virtudes;
porque es siniestra daga
que la cintura del bandido luce
y en lo noble se clava!

--

¡Oh, virgen pura, Aurora!
Niña que fué á implorar, sangrando su alma,
un mendrugo de pan, no para ella
sino para una anciana,
y en vez de hallar el pan para la vida,
iba á ser ultrajada,
como ultraja el salvaje de los bosques,
desatadas sus ansias,
á la dèbil cautiva que se aleja
alegre y descuidada.

--

Y podrá perdonarse
al que ávido de carne, entre las llamas
del fuego oculto de su instinto bruto,
desesperado avanza
y loco oprime lo que vió en sus sueños
y en deleite fatal cura la llaga
que con un torcedor desesperante
le destrozaba el alma.

Pero á ese que medita largo tiempo,
á ese que más que un ansía
columbra su perfidia,
ve el triunfo redentor de su venganza,
á ese ¡jamás eterno,
jamás podrá el perdón decir: «¡levanta!»

—

Y así el ogro rojizo,
sobre la virgen casta
segregaría tétrico, colérico,
su pestilenta baba.

—

Y el plan se iba llenando poco á poco.
Esta escena del drama
ya iba á tener acción, acción impía,
sustituyendo ideas y palabras
que la mente del ogro
cruzaron como trágicas fantasmas
cuando hilvanaba con la aguja roja
su babélica trama

—

Llegó la niña, al fin. Llamó à la puerta
con un temor de goce y de esperanza.
«¿Cómo es su nombre?»—dijo el criado.—
[«Aurora»
respondió con tal gracia—,

que se diría un ángel encargado
de llevar alegrías á las almas.
Y esperó pensativa la respuesta,
no sin abrir las alas
de su potente anhelo,
para secar sus lágrimas
en uno de esos viajes caprichosos
de la ilusión que en remontar se afana.

—

Volvió el criado. Lacónico
«que pase»—, dijo y le indicó. Ufana,
como el que un triunfo obtiene,
avanzó hasta la sala.
Allí estaba el satán temiendo el cuerpo
y amarrando con fuerza su venganza
para explorar primero
con la sonda de pèrfidas palabras.

—

«Usted.....—, casi sin tino dijo al rato—,
«es aquella simpática
«que fué depuesta del empleo, acaso
«por los que no la quieren?.. ¡Vaya! ¡Vaya!...»
Y mordiéndose el labio miró al suelo,
mientras la niña contestó pasmada:
«yo soy, señor, pero no sé á qué viene
aquello de simpática...
—«Son frases de cariño. ¡Qué..! ¿La extraña?.»—
replicó abandonando ya nervioso

la cómplice butaca.
Y la niña tembló de miedo y odio
pero no dijo nada.
El caudillo, también, como una bestia,
sintió temblores de ansias.
Ya despierta la hiena de su instinto
y rugiendo el león de su venganza,
abrió los brazos de hércules
y en las mejillas púdicas y blancas,
con sus labios sensuales
estampó un beso y refregó su cara ....

—

Pero la niña huyó despavorida,
mientras con torpe rabia,
una blonda del cuello
comprimía el león entre sus garras.

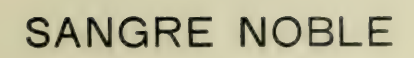
—

No pudo consumar su salvajismo
mas, el solo despojo le bastaba
para arrojar mentiras denigrantes
sobre mujer tan casta.

—

¡Oh! ya hablarían los sicarios necios
para robar á un noble hogar la calma;

y el pasquín, con sus frases prostituidas,
doraría la cara
del infame más vil de los infames,
del czar de la canalla!



SANGRE NOBLE

CANTO NOVENO

Como ofreciendo tregua á sus pesares,
Luis leía «El arado»
que del bello «Poema de las Mieses» (1)
es admirable canto.
Y en èxtasis de paz marchó contento
por el fecundo prado,
mientras la reja dibujaba el surco
donde el maduro grano,
al beso caluroso de la tierra,

(1) Notable obra poética de Carlos Ortiz.

sus dos cotiledones como brazos
elevaria mendigando al cielo
las gotas de aguas para henchir su tallo
y alimentar la espiga
que, contento y ufano,
arrancaría Ervar (1) para su frente
de labrador hidalgo.

—

De repente unas frases de protesta
se oyeron en el patio
y una voz conocida
apostrofaba comprimiendo el llanto.
Súbito dejó el libro
y apretando la frente con las manos
salió de su escritorio
con un presentimiento muy exacto:
que había sido su adorada Aurora
ultrajada en la casa del villano.

—

Y su mirada ardiente,
ante el grupo azorado
que idagaba el percance,
se fué á clavar al rostro colorado
de la afligida virgen.....
Ciego y mudo quedó. Cerró las manos

(1) Ervar es el personaje de «El Poema de las Mieses».

asiendo con fiereza sus cabellos
y respirando fuerte, fatigado
pudo decir: «¡Aurora,
«cuéntame pronto. ¡Vamos!!»

—

Con un miedo terrible,
con ese miedo que nos lance al fango
de la desdicha una respuesta cruenta,
aguardó. Más calmado
quedó cuando la niña candorosa
dijo con gesto bravo:
«quiso el caudillo asesinar mis honras
«pero Dios me ha salvado!»

—

Y tan solo el calmante cayó á su alma.
Su hombría y dignidad no se inclinaron:
la herida era gravísima,
sino incurable acaso.

—

A su honor intachable,
le tiraron con barro;
con barro tiraría en su desquite,
descargando su furia como un rayo.

—

Y volvió á su escritorio.
La madre comprendió que iba inflamado,
de esa ira que fulgura en las entrañas
aún cuándo el gesto manso,
para esquivar consejos y suspiros,
sonrisas de desprecio iba forjando
y su boca exprimía frases dulces
con qué ocultar su enfado.

—

«No olvides mis consejos»—,
dijo la madre en tono emocionado
y volvióse á la sala
comprimiendo los gritos de su llanto.

—

Luis oyó el eco de una voz querida,
pero á su ira entregado
como la fiera que hostigada busca
la soledad del campo,
dentro su pieza desató las ansias
y sentenció llorando
al enemigo de su hogar y patria,
al caudillo villano.

—

Un instante esperó. Ya cuando nadie
cruzaba por el patio,

salió presto y furioso
á buscar al que había vomitado
un beso rojo sobre el rostro suave
de aquél ángel tan casto.

—

«¡Oh! inmaculada Aurora—,
dijo desesperado—,
«que llevarás por siempre
«una lepra en el cutis terso y blanco
«sobre el cual con mis labios amorosos
«solo una vez, temblando y con cuidado,
«estampé un beso grande,
«grande, muy grande y santo!»

—

Y cruzaba las calles
ya ciego y extraviado.
Una cuadra distaba solamente
la casa del caudillo más ingrato.

—

Se apresuró y llegó. ¡Gran coincidencia!
En ese instante el ogro, cabizbajo,
salía de su cueva pestilenta.
Luís furioso avanzó gritándole: «¡Alto!
«y explícame asesino tus venganzas....»
«¡Venganzas de villano!...»

Pero el que obra con saña nunca duerme
y siempre desconfiando
marcha en la negra senda de su vida
por puñales sangrientos escudado.

—

Por eso cuando el joven
arrebatado de furor dijo «¡alto!»,
el caudillo sonrió y en ese instante,
los que cuidan su espalda, desnudaron
trabucos y puñales,
y á las voces del amo,
dieron muerte alevosa al que sufría
la gran desdicha de vivir honrado....
. . . .
. . . .
. . . .
¡Sangre noble y honor! ¡Flecha sagrada
que aguza la perfídia de los malos
y que sirve, en el suelo de los viles,
para ser desgraciado!
¡Deshonra y despotismo,
ese es el lema válido
donde vive la indómita canalla
que sirve de reparo
al caudillo en la patria más hermosa;
en esa patria digna de un Belgrano,
de un Moreno fogoso
y de un héroe grande entre los héroes,
de un San Martín que á Chacabuco y Maipo

llevó la enseña virgen todavía
cual llevaron su enseña los más bravos!..

—

¡Oh, mi patria argentina,
oh señora de Mayo!
De vuestra juventud libre y hermosa,
Luis es símbolo sacro.
que del caudillo, al despreciar el yugo,
sufre la infamia del puñal y el látigo.

-

¡Oh, mi patria argertina,
oh, señora de Mayo!
Si queréis que esos hijos canten glorias
y á su suelo consagren «suelo magno,»
abortad, aun sufriendo,
al monstruo que, malvado,
en vez de alzaros con honor excelso,
con saña os va ultrajando!



SOMBRAS DE LUTO

CANTO DÉCIMO

Era triste la tarde. El viento helado
como una mano criminal tronchaba
la hojas amarillas que caían
dejando escuetas las flexibles ramas.

—

Sobre uno que otro gajo, contemplando
su nido al descubierto, algún hornero
daba esos gritos fuertes y con ritmo,
como insultos viriles al invierno.

Todo tenía faz de pesadumbre,
todos los ecos simulaban llanto:
entornadas las puertas de la casa,
adentro murmuraban «un rosario.»

—

Había huido la alegría de antes
y el dolor ha dos meses que reinaba;
el dolor sin antídoto preciso
que arranca al corazón copiosas lágrimas.

—

Dos seres sin consuelo padecían
por la gracia nefanda de un infame:
Juana, la niña con dolor de casta
y la anciana con lágrimas de madre

—

Y siempre arrebozada en sus crespones,
estampado el dolor sobre su cara,
á ver á las dos huérfanas de dicha
la huérfana de amor iba á la casa.

—

Era Aurora, la niña que dió el alma
á Luis el joven de un hogar querido;
criatura de veinte años que moría
por ser rebelde al yugo del caudillo.

¡Llanto y luto á doquier! Recuerdos tristes,
gritos de lucha y torpes maldiciones,
mataron los placeres de otro tiempo
y arrancaron la vida y los amores.

* * *

Ya en los cálices secos vacilaban
los pétalos marchitos de las rosas;
la callejuelas del jardín tenían
hojas y flores por fragante alfombra.

—

Junto al aljibe en un cantero blanco,
hermosa pasionaria se enredaba:
«esta *Flor del Señor,*—dijo la madre—,
«cortarás para Luis, querida Juana.»

—

«Si en vez de clavos y de espinas, pones
«puñales y perfidia, nuevo Cristo
«evocará esa flor, y horrendo Judas
«que besa con ultrajes, el Caudillo.»

Aurora que escuchaba temblorosa,
tiró al suelo las dalias de su ramo
y por el rostro púdico, impecable,
pasó con fuerza y rapidez la mano.

—

Creyó que el beso rojo del caudillo
nuevamente ofuscaba su belleza
ó que en su cutis suave, el de aquel día,—
como Luis se lo dijo,—era una lepra.

—

Pero luego juntó y besó las flores
con sus labios color de llamarada,
y con lágrimas puras regó el fuego
que ardía como un sol en sus entrañas...

*
* *

Tomaron el camino las tres hadas
arrebozadas en sus mantos negros,
llevando con amor aquellas flores
que robaría sin piedad el viento.

¡Flores de madre que jamás se pierden;
flores de hermana que en la losa tiemblan
y corolas de novia que perfuman
y en el misterio de la noche vuelan!

—

¡Expresiones soberbias! Tènues hojas
que secas serán polvo, serán nada,
pero que dejan un recuerdo eterno
dibujado á cincel sobre las almas....

—

Y seguían los tres. ¡Silencio triste
dentro los pechos que sin eco lloran!
Eran tres sombras misteriosas, mudas;
almas en pena de temprana fosa.

* * *

Las cúpulas del viejo cementerio
se elevaban al cielo, tristes, blancas....
Blancas como los sueños virginales
que á un brusco despertar vuelan, escapan.

Ya las sombras de luto iban gimiendo
y próximo, la cruz,—símbolo sacro,—
cual si esperase con amor los deudos
abría largos sus mohosos brazos.

—

Y á la tumba llegaron. Allí estaba
el hijo, el novio y adorado hermano,
por eso en el concierto de tristeza
se escucharon los ecos de tres llantos.

—

Agotadas las lágrimas, las penas
hendieron nuevamente sus puñales,
y una herida incurable ostentó el pecho
de aquella anciana y afligida madre.

* * *

Regresaban las sombras doloridas;
ramos de flores de la cruz colgaban.
Las cúpulas del viejo cementerio
se elevaban al cielo, tristes blancas.....

* * *

¡Oh miseria y dolor! Sombras de luto
¿quién os empuja por el mal camino?
¡El inhumano que arrebata honores
y acomoda su yugo de caudillo!

—

Ese os quitó el amor; ese malvado
á un hombre bueno convirtió en infame,
y si hoy vosotras mendigáis consuelo
los hijos de aquél hombre piden padre.

—

¡Oh, miseria y dolor! Sombras de luto,
no es sola de vosotras la desgracia:
el ultraje lo sufre un pueblo entero
y el llanto de ese pueblo es de la patria.

—

La patria soberana de los héroes;
la patria que no vió más que grandezas,
su espada de justicia hará inflexible
para clavarla donde el mal impera.

—

Y entonces, el progreso y la cultura,
sin tropiezo en la cumbre ni en el prado,
obedeciendo á juventud sin tacha
irán sembrando el pensamiento humano.

¡Gloria al cercano porvenir , digamos
¡Muerte al caudillo! , sin temor gritemos, -
que nuestra patria es monumento de oro
sobre su fama, pedestal de hierro.

FIN DE EL POEMA ROJO

INDICE

